



Innovación y modelos de enseñanza-aprendizaje en la educación superior

Catalina Guerrero Romera (Ed.)
Pedro Miralles Martínez (Ed.)

Innovación y modelos de enseñanza-aprendizaje en la Educación Superior

Catalina Guerrero Romera y Pedro Miralles Martínez (Eds.)

1.ª Edición. 2018

© Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2018



ISBN: 978-84-09-05865-5

LA DISFUNCIÓN DE LA RIVALIDAD PROFESOR-ALUMNO. DETECCIÓN Y DESACTIVACIÓN

Agustín Moreno Fernández

(Universidad de Granada)

Introducción

Tal como nos muestra la experiencia docente, y así queda también recogido por numerosos autores, en el desempeño de la docencia, la investigación y la acción tutorial, la amplia y diversa gama de funciones y roles desempeñados por los profesores, en tanto que educadores, tiene como nexo común la interacción con los estudiantes. Si a ello le añadimos el hecho de que tanto la enseñanza como su calidad trascienden el espacio de las aulas y las actividades, lo visible, lo objetivo y lo cuantificable, podemos convenir acerca de la existencia de dificultades en las relaciones entre docentes y discentes cuya identificación y resolución resulta más complicada (Quintanal & Miraflores, 2013, 25-30) . En este sentido, el impulso del estudio de estas dificultades a la luz de distintos modelos filosóficos, psicológicos, sociológicos y antropológicos aplicados a la educación, puede resultarnos útil para comprender y mejorar un aspecto tan fundamental, cotidiano, pero más difícil de medir, como el de la calidad de las relaciones interpersonales.

En este trabajo tenemos un doble propósito. Por un lado, presentar la teoría mimética de René Girard como un instrumento útil para diagnosticar situaciones interpersonales problemáticas, que podemos identificar en el proceso de enseñanza-aprendizaje. En este caso, nos ceñiremos a la disfunción de la rivalidad que puede aparecer entre profesores y alumnos. Mediante conceptos como el deseo mimético y la rivalidad mimética, la mediación externa e interna o el doble vínculo, ofreceremos una herramienta que puede ayudarnos a detectarla. Por otro lado realizaremos una propuesta de desactivación de este obstáculo basada en la toma de conciencia de lo fundamental de la conducta imitativa (ya señalada por Piaget) y, sobre todo, de sus malas derivaciones. Particularmente,

subrayaremos la necesidad de repensar el modelo de autonomía que representa el profesor y que, sin darse cuenta, puede ser un factor de dificultad para el aprendizaje y estar suscitando la rivalidad del alumno.

En primer lugar expondremos conceptos claves de la teoría mimética ligados a las relaciones intersubjetivas, que aplicaremos ulteriormente al contexto educacional: deseo mimético, deseo de ser, mediación externa y mediación interna. Después, abordaremos los conceptos de doble vínculo o doble imperativo contradictorio y de doble mediación, y el ideal de una errónea concepción de la autonomía como obstáculo para la mediación educativa armónica. Finalmente, haciéndonos cargo de la situación del alumno como posible polo más débil en la relación educativa, subrayaremos la responsabilidad del docente para detectar y desactivar la disfunción de la rivalidad presentando dos claves: la toma de conciencia acerca de las propias dinámicas miméticas y el replanteamiento de un ideal de autonomía pernicioso vigente en nuestra cultura y que puede estar siendo transmitido por el docente sin apercibirse de ello.

Propuesta teórica

La teoría mimética de Girard posibilita identificar la disfunción de la rivalidad profesor-alumno como dificultad en el proceso de enseñanza-aprendizaje al subrayar que los alumnos imitan al profesor como modelo, mediador de los conocimientos que ellos esperan obtener, pero también como figura que representa un ideal de autonomía. Este ideal, mal comprendido o vehiculado como autosuficiencia y autoridad inalcanzable, identificado con la posesión del objeto de un saber exclusivo, ignorando la existencia de dinámicas de imitación bidireccionales profesor-estudiante, es caldo de cultivo para la rivalidad entre ambos. Explicitar y comprender el mimetismo humano como hecho antropológico y educativo y tomar conciencia del deseo mimético como deseo de ser como los otros, y de la continua imitación recíproca, renunciando a un falso ideal de autonomía autosuficiente y a la rivalidad, posibilitaría desactivar esta disfunción. Esa es nuestra propuesta teórica, recogida anteriormente en un trabajo en francés (Moreno, 2015).

Discusión y conclusiones

-Deseo de ser y mediación externa e interna.

La concepción de Girard del deseo, contrariamente a una concepción moderna o romántica, que lo concibe como lineal entre un sujeto que desea un objeto, es mimética. Es decir, no se trata de una línea sino de un triángulo, de una concepción triangular porque el deseo del sujeto, en tanto que imitativo, se inspira en un modelo, en otro sujeto (ya sea un individuo, pero también la sociedad), a la hora de desear. Esta concepción girardiana del deseo mimético y triangular nos ayuda a identificar dificultades en las relaciones entre modelos e imitadores, maestros y discípulos, profesores y alumnos, que pueden comportar un obstáculo invisible. El deseo del sujeto es también convertirse en el modelo que es fuente de inspiración de sus deseos, para ser como él. De hecho desear parecerse a él imitando su estilo o desear y poseer cosas iguales o parecidas sería un modo de ser como él (en esto consiste uno de los mecanismos básicos de la publicidad y de las marcas, al publicitar sus productos en tanto que asociados, poseídos y disfrutados por personas y artistas famosos). Porque el deseo sería también deseo "metafísico", deseo de ser, deseo de ser como los demás, antes que deseo objetual. Comprender el deseo sería comprender que su egocentrismo es inseparable de su "alterocentrismo" (Girard, 2008, 56).

Es pertinente traer a colación los tipos de mediación intersubjetiva en Girard:

"Hablaemos de *mediación externa* cuando la distancia es suficiente para que las dos esferas de *posibilidades*, cuyos respectivos centros ocupan el mediador y el sujeto, no entren en contacto. Hablaemos de *mediación interna* cuando esta misma distancia es suficientemente reducida como para que las dos esferas penetren, más o menos profundamente, la una en la otra. No es, evidentemente, el espacio físico lo que mide la distancia entre el mediador y el sujeto deseante. Aunque la lejanía geográfica pueda constituir un factor, la *distancia* entre el mediador y el sujeto es fundamentalmente espiritual. Don Quijote y Sancho están siempre físicamente próximos entre sí pero la distancia social e intelectual que los separa permanece insalvable. Nunca desea el criado lo que desea su amo. Sancho codicia las vituallas abandonadas por los frailes, [...] los restantes objetos que Don Quijote le cede sin pesar [...] la mediación de Sancho es una mediación externa. No es posible ninguna rivalidad con el mediador". (Girard, 1985a, 15-16).

Sin embargo, en nuestro contexto la situación es diferente. El posible objeto disputado es el saber, así como el rol de ser aquel: que sabe lo que hay que saber, que es capaz de evaluar y corregir a los otros, que debe ser especialmente escuchado por los otros, que debe dirigir una investigación. Y el maestro o el profesor no es el héroe de una novela, un actor famoso o alguien que esté demasiado lejos del alumnado para no poder convertirse, más allá de un modelo externo, en un rival cercano. Su objeto, el saber, puede –y hasta debe – ser deseado por los otros. Además, es difícil establecer diferencias muy fuertes entre el profesor y el alumno, entre el maestro y el discípulo y, por tanto, una mediación externa consistente (como la relación de admiración e imitación que podemos tener con respecto a nuestro autor famoso preferido que está lejos de nosotros en varios sentidos). Porque aquí el objetivo es, ciertamente, de algún modo, que el alumno aprenda a ser como el profesor. Sobre todo en muchos procesos de direcciones de tesis, en los que al final del proceso de tutela de la investigación, el éxito radica, precisamente, en que el doctorando llegue a ser como su director, su "par", otro doctor, otro profesor.

- *Double bind* (doble vínculo) o doble imperativo contradictorio (Ramond, 2005, 50).

El prestigio del mediador se transfiere al objeto deseado, el saber, el rol de aquel que es superior y que sabe. Más allá del valor que el conocimiento tiene por sí mismo, el deseo triangular es el deseo que transfigura el objeto, confiriéndole un valor ilusorio (Girard, 1961, 47). Incluso si el profesor o maestro ha fomentado la imitación, se sorprende de la concurrencia del alumno o discípulo, y cabe que la experimente como "traición" por su parte. El discente, fascinado por el modelo, puede considerarse condenado o indigno ante la figura de su modelo para "participar en la existencia superior de la que él mismo disfruta" (Girard, 1972, 474). Al mismo tiempo, el prestigio y la autoridad del modelo aumentan, pudiendo llegar a darse, en el peor de los casos, la unión de la veneración más sumisa y de la rabia más intensa. El discípulo fascinado por su modelo no puede más que ver en su maestro un obstáculo y una mala voluntad. Como afirma Girard, sólo aquel que nos impide satisfacer un deseo que él mismo nos ha sugerido puede llegar a ser verdaderamente objeto de odio (Girard, 1961, 42, 81), aunque puede que ni siquiera el modelo del deseo esté al tanto de ello.

Estaríamos en la órbita del doble imperativo contradictorio, doble vínculo o *double bind*. Un fenómeno tan cotidiano y banal que puede darse en grado diverso en todas las relaciones interpersonales y que han señalado psicólogos como Gregory Bateson, Don D. Jackson o Jay Haley (Girard, 1972, 475). La relación de obstáculo entre profesor-alumno, maestro-discípulo, no sería más que un caso particular. Pero nadie puede obedecer al imperativo: "imítame" y, casi al mismo tiempo al imperativo contrario: "no me imites". Estas órdenes contradictorias van a hacer nacer en el otro la desesperanza y la dependencia y, seguramente, de manera involuntaria (Girard, 1972, 476).

El discípulo o alumno puede considerar al mediador, maestro o profesor, como el responsable de la rivalidad. Y es aquí donde encontramos otra contradicción: al mismo tiempo que el discípulo desprecia todo lo que viene del mediador (Girard, 1961, 42-43), desea cada vez más sustraer al mediador el "secreto maravilloso" de la autonomía, de la autosuficiencia, del saber. Y es el maestro o el profesor mismo el que es el obstáculo de su propio deseo (Girard, 1961, 80).

-Mediación interna o doble mediación.

Por tanto, no sólo hay que hablar de doble imperativo contradictorio, sino también de doble mediación. La que hay entre el profesor y el alumno, que han acabado siendo, en parte, cada uno como el otro. Se han convertido, de un lado, en un modelo que es también como el discípulo, porque el maestro ve en él un modelo para desear mejor sus propios objetos de deseo, y, por ende, de otro lado, en un discípulo que ha devenido también modelo, como el maestro (Girard, 1972, 474). Están en una relación de imitación recíproca y simétrica. El sufrimiento y la vanidad caracterizan la doble mediación (Girard, 1961, 115).

El discípulo se esfuerza en seguir los deseos designados por el otro y se confronta con la "violencia" del deseo rival del modelo. Sólo puede ver la unión del deseo y de la violencia que, a partir de ahora, significa lo deseable por excelencia, la autosuficiencia divina e inaccesible, el signo del "verdadero ser", que se resiste a compartir su "secreto".

- Claves de desactivación: toma de conciencia, "conversión" y replanteamiento de la autonomía en la relación maestro-discípulo.

¿Hay algo que quepa hacer con respecto a una posible relación maestro-discípulo / profesor-alumno que se ha convertido en problemática en tanto que se ha suscitado la rivalidad? Expondremos dos claves posibles.

Por un lado, la toma en cuenta y la toma de conciencia de nuestro mimetismo y de sus dinámicas puede ayudar a no sucumbir a la presión mimética y sus efectos adversos (Girard, 2008, 93). Más aún, Girard afirma que sólo la comprensión de los peligros de la imitación nos permite pensar una auténtica identificación con el otro (Girard 2007b, 11). Si seguimos el ejemplo de los novelistas estudiados por Girard (a su juicio, los más geniales novelistas habrían sido en realidad los mejores psicólogos, capaces de dar cuenta del mimetismo del deseo humano: Cervantes, Shakespeare, Dostoievsky, Proust, Camus...) podemos ver que nadie está libre de las consecuencias de la rivalidad y de la violencia del deseo mimético, pero nadie, tampoco, está condenado definitivamente. Esta es también la lucha interior del novelista (Girard, 1961, 130).

No obstante, para comprender correctamente la teoría mimética sería precisa una "comprensión existencial" (Girard, 2004, 225). Y es que la noción de conversión, más allá de su sentido religioso, es principal en la teoría mimética, ya que esta sería primera y el conocimiento segundo, porque lo esencial para adoptar el enfoque epistémico mimético sería "para cada uno tomar conciencia de su propio deseo mimético" (Girard, 2001, 51). Habría que aceptar que, al contrario del enfoque del individualismo moderno, el deseo no se concibe como libre ni autónomo. Esto quiere decir que habría que reconocerse en tanto que imitador de los demás. E, igualmente, en tanto que participante de las dinámicas de los mecanismos de chivo expiatorio (la otra clave maestra de la teoría de Girard con aplicación en filosofía de la educación y en el diagnóstico de la violencia en las aulas), mediante los cuales nos manifestamos no pocas veces en nuestras relaciones sociales a costa de terceros, saliendo así de no pocas crisis sociales y de ambientes crispados por medio de víctimas. De los chistes a los chismes y calumnias. De la estigmatización o la exclusión, a la violencia verbal o física.

En todo caso, Girard insiste acerca de la dificultad que supone adquirir una "independencia" al respecto del mimetismo. Haría falta una gran capacidad de resistencia a las fuerzas miméticas y la inmunidad al mimetismo sería una virtud rara y preciosa entre todas (Girard, 1985b).

Por otro lado, bajo nuestro punto de vista, es necesario repensar la forma en la que comprendemos los modelos de autonomía. Girard nos recuerda que probablemente la situación más débil y difícil es la situación del discípulo. El maestro o profesor deberá intentar no permitir que el objeto del saber pueda convertirse en un objeto transfigurado y susceptible de ser deseado en el mal sentido expresado. El profesor puede exponerse a sí mismo (de hecho sucede así aunque no lo haga explícitamente o a propósito) como un modelo a ser imitado por los discípulos, pero no como un ser superior, imposible de alcanzar. Su papel es el de ayudar a sus alumnos, siendo un buen mediador, mostrando que no esconde nada que pueda ser el secreto de una supuesta autosuficiencia inaccesible.

Ni el maestro tiene una autonomía pura que haya podido ser robada por el discípulo o propia suya sin más. Ni el discípulo tiene una originalidad radical que se deba a él mismo. Habrá que saber reconocer los flujos miméticos, mejor que esconderlos o ignorarlos, ya que esto último contribuye a provocar el doble imperativo contradictorio y la doble mediación perversa. Especialmente, deberíamos prestar atención al modelo de autonomía que se transmite en el proceso de enseñanza-aprendizaje por los docentes. Sin saberlo, podemos estar tendiendo trampas a los otros o caer nosotros en las trampas de otros y, quizás, todos en las de determinados moldes sociales y culturales vigentes. La afectación por el mimetismo y el contagio sería tan general que en nuestras sociedades, donde prima la mediación interna, todo individuo puede convertirse en mediador de su vecino sin comprender el rol que está desempeñando (Girard, 1961, 114-115).

Si nos presentamos como personas hechas a sí mismas, que no deben nada a nadie, poseedoras de la verdad, que jamás han imitado a nadie, no ayudamos a los demás y, en especial y más bien, perjudicamos a los alumnos. En primer lugar porque es falso y, sobre todo, porque se desencadena el deseo de los otros por una imagen engañosa y un falaz modo de ser, suscitando violencias miméticas y competencias rivales. Quienes hacen ostentación de su orgullo de creerse únicos y originales, lo que están diciendo a los otros es: "imítame", pero, al ser imitados, puede que su originalidad se ponga en cuestión y les resulte molesto, por lo que se provocará una reacción contraria y explícita que diga lo

contrario: "no me imites". (Es la banal escena de un modelo de ropa exclusivo lucido por alguien que, al llevarlo, quiera o no, se ofrece como modelo ("imítame"), pero que probablemente al ver a otra persona con el mismo modelo le resultará espantoso y su molestia será indicativa de lo contrario ("no me imites")).

Es más sencillo para la persona en situación de alumno tomar como modelo a aquel o a aquella capaz de reconocer su mimetismo y que, en consecuencia, podrá ayudarle a aceptarse a sí mismo en tanto que imitador o imitadora, sin confundirle con una falsa autonomía "divina". Girard propone la imitación del modelo divino pero a la manera del cristianismo, en contra de las rivalidades miméticas. Un modelo que supone un deseo no egoísta, sino desinteresado, aunque no sería suficiente con imitar a buenos modelos. Incluso si la figura de Jesús mismo fuese el modelo, esto no implicaría necesariamente nada, ya que la imitación de los otros con respecto a él, como en el caso de sus discípulos, puede consistir en una imitación caracterizada por la avidez competitiva (Girard, 1982, 1420).

Si esto sucede con "buenos" modelos, cuando imitamos falsos modelos de autonomía y de invulnerabilidad (Girard opina que es lo habitual), no devenimos ni más autónomos ni más invulnerables. Al contrario, nos dejamos llevar por las rivalidades: "Mientras más "orgullosos" y "egoístas" somos, más serviles somos de los modelos que nos aplastan" (Girard, 1999). En esta línea, el vanidoso romántico ya no se quiere discípulo de nadie y se cree muy original. La espontaneidad se haría dogma y hoy la imitación más ferviente sería la más vigorosamente negada. Al contrario, Don Quijote se proclamaba discípulo de Amadís y los escritores de su tiempo se proclamaban discípulos de los Antiguos. (Girard, 1961, 45-46).

Nos parece muy lúcida la siguiente consideración de Oughourlian que, incluso si no es infalible, puede ser de ayuda para evitar las trampas del mimetismo, en este caso por parte del alumnado:

"El discípulo, por su parte, tiene que superar él también las trampas del mimetismo conflictivo*. Tiene que aceptar la lección, el modelado, reconocer la superioridad del otro, la anterioridad de sus ideas. Es preciso que él sea el discípulo y que cultive a este respecto el modelo del reconocimiento (en los dos

sentidos del término) y no el resentimiento. Es necesario, por tanto, ser dos para evitar el mimetismo violento*" (Oughourlian, 1982, 154). [**mimétogonie*]

Para terminar, podemos hacer una comparación entre la "creación original" y el genuino modelo de autonomía que puede ser un maestro o profesor con respecto a su discípulo o alumno. Para Girard, si buscamos el principio de originalidad radical, la exterioridad fuera de toda tradición para crear, entonces nos encontraremos en la nada, no encontraremos nada. Al contrario, no habría novedad más que a partir de la imitación (Girard, 1994, VI). De este modo, podríamos decir también que no es posible devenir autónomos, sin dejar de ser heterónomos, más que a partir de la dependencia. Que el único ideal de autonomía susceptible de ser imitado para humanizar y para educar y que rinde honor a la verdad, es aquel que se muestra tal como es: inscrito, encarnado en nuestra precariedad y en nuestra heteronomía imitativa, ambas fundamentales y constitutivas. La heteronomía del alumno-discípulo, del maestro o profesor y de todos.

Renunciar a la falsa autonomía "divina" significa renunciar a un pesado fardo de servidumbre. Con esa renuncia, todos los malos efectos del deseo inspirado en ese pernicioso modelo se tornan entonces en sus efectos contrarios: la mentira en verdad, el odio en amor, la humillación en humildad. (Girard, 1961, 275).

Referencias bibliográficas

- Girard, R. (1961). *Mensonge romantique et vérité romanesque*. En *De la violence à la divinité*, Paris, Grasset, 2007.
- Girard, R. (1972). *La Violence et le sacré*, en: *De la violence à la divinité*, Paris, Grasset, 2007.
- Girard, R. (1978) (Con Oughourlian, J.-M. y Lefort, G.). Des choses cachées depuis la fondation du monde. En *De la violence à la divinité*, Paris, Grasset, 2007.
- Girard, R. (1982). Le bouc émissaire. En *De la violence à la divinité*, Paris, Grasset, 2007.
- Girard, R.(1985a). *Mentira romántica y verdad novelesca*, Barcelona, Anagrama.

- Girard, R. (1985b). *La route antique des hommes pervers*, Paris, Grasset.
- Girard, R. (1994). *Quand ces choses commenceront*, Paris, Arléa.
- Girard, R. (1999). *Je vois Satan tomber comme l'éclair*, Paris, Grasset, Le Livre de Poche.
- Girard, R. (2001). *Celui par qui le scandale arrive*, Hachette Littératures.
- Girard, R. (2004). *Les origines de la culture*, Paris, Hachette-Littératures.
- Girard, R. (2007a). *De la violence à la divinité*, Paris, Grasset.
- Girard, R. (2007b). *Achever Clausewitz*, Paris, Carnets Nord.
- Girard, R. (2008). *Anorexie et désir mimétique*, Paris, L'Herne.
- Moreno, A. (2015). Rivalité mimétique dans la relation maître-disciple. *Ensayos de Filosofía*, (1), semestre 1, artículo 3.
- Oughourlian, J.-M. (1982). *Un mime nommé désir*, Paris, Grasset.
- Quintana, J. y Miraflores, E. (2013). *Un modelo de tutoría en la universidad del siglo XXI*, Madrid, CCS.
- Ramond, Ch. (2005). *Le vocabulaire de Girard*, Paris, Ellipses.